

*Convertirse en americanos.
Las minorías étnicas
y las dos guerras mundiales
en Estados Unidos*

Aurora Bosch

Universitat de València

Resumen: En una sociedad tan racialmente segmentada como los Estados Unidos de América, las guerras y el ejército han sido tradicionalmente un vehículo de promoción social e integración en la ciudadanía. Pero fueron las dos guerras mundiales del siglo xx las que, al exigir una movilización total, facilitaron el rápido acceso a la ciudadanía de las minorías étnicas del sur y este de Europa, así como el inicio de la lucha de la minoría negra por sus derechos. El objeto del presente artículo es analizar la rápida y compleja transición de estas «identidades étnicas» a «identidades políticas» decisivas para sustentar la mayoría electoral del *New Deal* desde 1932 e iniciar la celebración de la «América diversa», que la Segunda Guerra Mundial confirmaría.

Palabras clave: Estados Unidos, Primera Guerra Mundial, Segunda Guerra Mundial, minorías étnicas, ciudadanía.

Abstract: In a society as widely segmented as the USA, the army and war have been a traditional vehicle of social promotion and access to citizenship. However, as total wars, both World Wars demanded a general mobilization, which helped the rapid naturalization of the eastern and southern European ethnic minorities and the beginning of the black civil rights movement. This article explores the rapid and complex transition from «ethnics identities» to essential «political identities» to build the New Deal's electoral coalition from 1932, as well as to celebrate de «America's diversity», confirmed by the Second World War.

Key words: United States, First World War, Second World War, ethnic minorities, citizenship.

En las elecciones presidenciales de noviembre de 1928, celebradas en medio de la mayor prosperidad económica de la historia de Estados Unidos, el Partido Demócrata presentó como candidato a Al Smith, ex gobernador de Nueva York, católico, hijo de inmigrantes irlandeses, representante del cosmopolitismo urbano y partidario de acabar con la prohibición. Su contrincante era el republicano Herbert Hoover, ingeniero, hombre de negocios de éxito y político experimentado, que, como cuáquero e hijo de la «*middle America*», quería poner todos los medios para hacer efectiva la prohibición, pues consideraba la moderación alcohólica un rasgo distintivo de la «América nativa» frente a la creciente inmigración. Al Smith no consiguió ganar las elecciones, pero logró doblar el voto demócrata, gracias al apoyo electoral de las minorías étnicas de las grandes ciudades.

En las elecciones presidenciales de 1932, celebradas en lo peor de la crisis económica de la década de los treinta, el voto de las minorías étnicas de las grandes ciudades fue decisivo para la victoria del demócrata Franklin Delano Roosevelt, como lo fue en las elecciones presidenciales de 1936, la mayor victoria de Roosevelt en sus cuatro mandatos y el éxito electoral más rotundo de los demócratas hasta esa fecha. Tras la aplicación de las medidas del llamado *Primer New Deal*, el presidente consiguió el 60,4 por 100 del voto popular, todos los estados, excepto Maine y Vermont, y el Partido Demócrata obtuvo amplias mayorías en las dos Cámaras del Congreso.

Este triunfo abrumador fue posible gracias al apoyo de un electorado urbano, con una clara orientación de clase¹. A los inmigrantes recientes, entre los que destacaban los judíos, italianos y católicos en general, y los inmigrantes de segunda generación, que constituían el grueso del nuevo sindicalismo industrial del *Congress of Industrial Organizations* (CIO)², se unían los electores negros, tanto en el sur como en las grandes ciudades del Norte, que por primera vez desde la obtención del sufragio en 1868 quebraban su fidelidad al Partido Republicano de Abraham Lincoln³.

¹ Un análisis detallado del nuevo realineamiento electoral en BADGER, A. J.: *The New Deal*, Nueva York, The Noonday Press, 1996, pp. 245-271.

² La CIO constituyó en 1936 *The Labor Non Partisan League* para apoyar la reelección de Roosevelt y sufragó el 10 por 100 de los gastos de la campaña electoral demócrata.

³ En 1932, dos tercios del electorado negro de las grandes ciudades aún votó mayoritariamente al candidato republicano Herbert Hoover; pero en 1936, a pesar

El apoyo electoral de esta coalición basada en la minorías étnicas de origen europeo y los votantes afroamericanos sería esencial en todas las victorias electorales de F. D. Roosevelt y en las posteriores victorias del Partido Demócrata hasta finales de la década de los setenta. El objetivo de este artículo es mostrar cómo en el trayecto de estas minorías étnicas hasta convertirse en ciudadanos americanos y en un cuerpo electoral decisivo fue determinante su participación en el ejército y en las dos guerras mundiales del siglo XX.

El ejército y la guerra como formas de promoción

La Guerra de Irak nos ha familiarizado con George Sánchez, el teniente coronel «latino» al mando del ejército estadounidense. La Guerra del Golfo nos familiarizó con Colin Powell, el primer afroamericano general en jefe del Estado Mayor del ejército estadounidense y el primer secretario de Estado afroamericano. Todos los conflictos y guerras recientes en las que ha participado Estados Unidos nos descubren una mayoría de soldados profesionales que pertenecen a las minorías latina y afroamericana; pues el ejército y las guerras han sido históricamente tanto una forma de integración en la ciudadanía como un vehículo de promoción social.

De la Guerra de la Independencia a la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos, con un ejército permanente muy pequeño, recurrió sistemáticamente al alistamiento de voluntarios en primera instancia en caso de conflicto bélico. En la Guerra de la Independencia (1776-1783), pasados los primeros momentos de entusiasmo, los que mantuvieron el ejército continental y lucharon en él de forma permanente no fueron los blancos con propiedad, sino los blancos pobres —trabajadores itinerantes, inmigrantes alemanes e irlandeses, sirvientes contratados, presidiarios—, nativos americanos, esclavos negros, atraídos por la recompensa económica, la posibilidad de acceder a la propiedad, la concesión de la ciudadanía o la promesa de libertad⁴.

de las tímidas ayudas del *New Deal* a los afroamericanos, el 76 por 100 del voto negro de las grandes ciudades del Norte fue para Roosevelt. Este cambio electoral del voto negro era especialmente significativo, porque el Partido Republicano, fundado por Abraham Lincoln en 1856, era el partido antiesclavista, mientras que el Partido Demócrata defendía la esclavitud y posteriormente la segregación en los estados del Sur.

⁴ NEIMEYER, Ch. P.: *America Goes to War. A Social History of the Continental Army*, Nueva York, New York University Press, 1996, pp. 15-26.

Concretamente, 5.000 esclavos negros lucharon en el ejército continental por conseguir su libertad y muchos miles más —el 5 por 100 de toda la población esclava del Sur— lo hicieron en el ejército británico⁵, convirtiéndose tras la Independencia en negros libres en Canadá, el Caribe británico o los estados del Norte de Estados Unidos.

En la guerra contra México (1846-1847), la primera guerra exterior y expansionista de Estados Unidos, el ejército creció de 7.000 a 140.000 hombres, gracias a los voluntarios de seis y doce meses, que formaron casi el 75 por 100 del ejército. Algunos de estos voluntarios eran hijos de personajes distinguidos, como Henry Clay o Daniel Webster, pero la mayoría eran hombres que buscaban una promoción social y económica, hombres rudos de la frontera y muchos inmigrantes irlandeses y alemanes⁶, que esperaban obtener tanto la ciudadanía como los 100 acres de tierra pública prometidos por el Congreso a principios de 1847.

Durante la Guerra Civil (1861-1865), hasta que el Sur estableciera el reclutamiento obligatorio en abril de 1862 y el Norte lo hiciera en julio de 1863, ambos bandos recurrieron a los sucesivos llamamientos de voluntarios para constituir sus ejércitos. Los voluntarios del Sur eran todos nativos, pero en el Norte (donde la lucha se presentaba tanto por la Unión y el legado de la Revolución americana como por la supervivencia de las libertades republicanas en el mundo occidental) un cuarto de los alistados al ejército de la Unión había nacido fuera del país. Cuando, a partir del Decreto de Emancipación de 1 de enero de 1863, la guerra por la Unión se convirtió en la guerra contra la esclavitud, los irlandeses ya no estaban interesados en luchar en un conflicto que los igualaba socialmente a los ex esclavos, con los que tendrían que competir a partir de entonces en los estratos más bajos de la escala social. Pero 180.000 ex esclavos negros ingresaron masivamente en el ejército de la Unión, convertido para ellos en un medio de libertad, así como en un vehículo de alfabetización, nacionalización y promoción social. Muchos de ellos aprendieron a

⁵ Se calcula que en Carolina del Sur 20.000 esclavos huyeron de las plantaciones para unirse al ejército británico y 30.000 lo hicieron en Virginia. Véase KOLCHIN, P.: *American Slavery, 1619-1877*, Londres, Penguin Books, 1995, p. 73.

⁶ Irlandeses y alemanes llegaron a formar la mitad del ejército de Zacary Taylor, aunque algunos irlandeses, liderados por el sargento Riley, desertaron y formaron el batallón de San Patricio, que se unió al ejército mexicano.

leer y escribir en el ejército; de allí salieron muchos de los líderes de la Reconstrucción⁷, al tiempo que su sacrificio en la victoria de la Unión les dio el derecho a la ciudadanía y una memoria colectiva triunfante.

Tras el fracaso de la Reconstrucción en el reparto de tierras a los antiguos esclavos y en garantizarles el ejercicio efectivo de la ciudadanía después de 1877 en los estados del Sur, el ejército y las guerras indias permanecieron como el único vehículo de promoción social e integración política para los afroamericanos, soldados a los que se denominó «*buffalo soldiers*». En 1898, la guerra contra España en Cuba y Filipinas fue vivida como una «apoteosis del patriotismo», pues podía restablecer la unidad nacional, tras las enormes divisiones generadas por la Guerra Civil y la «guerra social» de la última década del siglo XIX⁸. Theodore Roosevelt, el entonces subsecretario de Marina, fue el político que mejor entendió la guerra como una forma de afirmación y reconciliación nacional. Desde el principio, Roosevelt fue partidario de promover la guerra con España, pues creía que «una guerra justa era a la larga mucho mejor para el alma humana que la paz más próspera»⁹. En cuanto estalló el conflicto, Roosevelt dimitió de su cargo y participó activamente en la contienda. Constituyó un regimiento de caballería —«*the Rough Riders*»— que consideraba el prototipo del regimiento americano, porque «al lado de los *cowboys*, este regimiento está compuesto por hombres de cada sector del país, de cada estado de la Unión y por eso nos sentimos orgullosos de él. Es principalmente un regimiento americano y lo es porque está compuesto de todas las razas que han construido América»¹⁰.

Este deseo general de «reconciliación nacional» se evidenció en la respuesta de un millón de voluntarios de todos los estados en la primera llamada a filas del presidente William McKinley. Entre

⁷ Del ejército de la Unión salieron muchos miembros de la nueva elite política negra del periodo de la Reconstrucción (1865-1877), en concreto 41 delegados de las convenciones estatales, 60 legisladores, 3 vicegobernadores y 4 congresistas.

⁸ «The Spanish War Has Ended all our Other Wars», en *New York Herald*, 5 de junio de 1898.

⁹ Citado por TINDALL, G. B., y SHI, D. E.: *America*, vol. II, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1993, p. 608.

¹⁰ «Roosevelt and His Rough Riders Part», en *New York Herald*, 14 de septiembre de 1898. Véase también para la composición del regimiento el propio testimonio de Theodore Roosevelt en su libro *The Rough Riders*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1899 (reeditado por Lincoln, University of Nebraska Press, 1899, pp. 1-38).

ellos destacaba la participación de los estados del Oeste, donde había tenido más incidencia la «revuelta populista» de principios de la década de 1890, y de los miles de voluntarios blancos y negros de los estados del Sur.

Los 10.000 afroamericanos que se presentaron voluntarios vieron la guerra como una oportunidad para demostrar su patriotismo e integrarse plenamente en la nación. Entendían también que la lucha de los cubanos por su independencia era similar a la suya, pues era una lucha por la libertad de las gentes de color, que estaba liderada por un general mulato, Antonio Maceo¹¹. Muchos líderes negros, como Booker T. Washington, pidieron incluso la intervención de Estados Unidos en Cuba, para que ciudadanos negros del Sur tuvieran la oportunidad de reclamar su lugar en la nación estadounidense y demostrar su patriotismo. Otros líderes negros, sin embargo, pensaban que en vez de luchar por los cubanos, los norteamericanos debían luchar por hacer efectiva la libertad de los negros del Sur, y creían que la militarización que acompañaría la guerra sólo aumentaría la violencia de los blancos contra los negros en los estados del Sur.

El presagio de estos líderes negros fue certero. Aunque los voluntarios afroamericanos tuvieron un papel destacado en el campo de batalla, ganando 26 certificados de mérito y cinco medallas de honor del Congreso, no pudieron escapar a la segregación ni en la instrucción en los campamentos del Sur ni en el combate en Cuba, ya que lucharon en batallones segregados. Por otro lado, la guerra empeoró las relaciones de raza en el Sur, pues sirvió para la reconciliación de los blancos del Norte y del Sur a cambio del sacrificio de la ciudadanía negra del Sur¹².

¹¹ AYERS, E. L.: *Southern Crossing. A History of the American South, 1877-1906*, Nueva York, Oxford University Press, 1995, p. 257.

¹² Especialmente intensa fue la erosión de las relaciones de raza como consecuencia de la guerra en Filipinas. Los insurgentes eran llamados «negros» por los soldados estadounidenses. Por otro lado, los años de reconciliación del cambio de siglo vieron aparecer el culto y la institucionalización de la memoria de la Confederación, constituyéndose en 1889 *The United Confederate Veterans*, en la que ingresaron entre un tercio y un cuarto de todos los veteranos vivos, y en 1895 *The United Daughters of the Confederacy*.

Reclutamiento obligatorio, uniformidad patriótica y americanismo «cien por cien» en la primera guerra total

La Primera Guerra Mundial fue otro tipo de conflicto y Estados Unidos era también un país distinto. Cuando estalló la guerra en agosto de 1914, Estados Unidos era ya una primera potencia económica mundial y un país transformado por la rápida industrialización tras la Guerra Civil y la gran oleada migratoria que, de 1880 a 1921, llevaría a 23,5 millones de inmigrantes —mayoritariamente del sur y el este de Europa— a Estados Unidos. La participación del país en la primera guerra total desarrollada en otro continente a partir de abril de 1917 —contra la opinión de la mayoría pacifista o neutralista de la población— obligó al gobierno federal a movilizar la retaguardia e introducir el reclutamiento obligatorio para convertir un pequeño ejército en la fuerza militar decisiva para ganar la guerra.

Para convencer a la opinión pública de que Estados Unidos participaba en una guerra por la defensa de la democracia, el gobierno constituyó el Comité de Información Pública (CPI), cuya tarea principal era abrumar con información sobre la guerra a los medios de comunicación, seleccionando las informaciones que resaltaban la unidad nacional, la imagen del enemigo despreciable y presentaban el conflicto como una cruzada por la paz y la libertad. También el CPI reclutó a 75.000 voluntarios, llamados «hombres de los cuatro minutos», que difundían breves mensajes patrióticos en los cines y teatros. Además, tenía una división de educación, que escogía ensayos, poemas y cuentos de guerra que resaltaban el heroísmo y el sacrificio¹³.

Esta propaganda patriótica unificó por primera vez la idea nacional en Estados Unidos y la orientó en un sentido conservador. Hasta la Primera Guerra Mundial hubo al menos dos interpretaciones de la nación estadounidense: la de la nación emancipadora y democrática, que veía al Estado como el garante potencial de sus derechos y libertades, y la tradición militarista, que había ido creciendo desde la guerra hispano-norteamericana, que enfatizaba sobre todo la lealtad a la nación. Además, hasta entonces el sentimiento nacional tenía interpretaciones diversas, según la zona del territorio que se habitara,

¹³ SCHAFFER, R.: *America in the Great War. The Rise of the War Welfare State*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, pp. 3-11.

la raza, la clase o el país de procedencia. En este sentido, a pesar de las presiones nativistas, los inmigrantes relativamente recientes podían mantener dos lealtades nacionales —a su país de origen y a Estados Unidos—, e incluso podían vivir aislados de la cultura dominante.

Pero con la Primera Guerra Mundial, el Estado tomó un papel protagonista en la articulación del discurso nacionalista. Reforzó de este modo una concepción de la nación chovinista, militarista, conservadora y específicamente antiliberal, que fomentó un tipo de patriotismo conservador e intolerante. Este americanismo conservador, que inauguró como simbolismo la lealtad a la bandera, fue utilizado para la represión política de los grupos disidentes y para conseguir la anglo-conformidad de los grupos inmigrantes¹⁴. El control de los disidentes fue dirigido principalmente contra la izquierda, que unía a su pacifismo las simpatías por la Revolución bolchevique, pero se extendió a todos aquellos que rehuían el reclutamiento, criticaban la intervención norteamericana en la guerra o difundían noticias del frente que podían desmoralizar a la población. Este control se ejerció mediante tres leyes aprobadas por el Congreso en 1917 y 1918 —la Ley de Espionaje, la Ley de Sedición y la Ley de Comercio con el Enemigo— que permitieron acabar legalmente con el sindicalismo radical de Industrial Workers of the World (IWW) —deteniendo a 96 de sus líderes y a su secretario general, Bill Haywood— y debilitar al socialismo democrático del Partido Socialista Americano, cuyos líderes, Eugene Debs y Victor Berger, fueron condenados a veinte años de cárcel¹⁵. Esta campaña de uniformidad patriótica y «caza del rojo» contó también con la colaboración de 350.000 voluntarios, agrupados en The American Protective League y The National Security League, que canalizaban las denuncias y ayudaban a perseguir a los desertores.

El fervor patriótico se dirigió también contra los inmigrantes recientes, buscando la americanización de América, es decir, la anglo-conformidad y la desaparición de la influencia de las otras culturas nacionales. Las mayores presiones y sospechas se dirigieron durante la guerra contra los alemanes americanos, el segundo grupo migratorio del país, que había hecho de Nueva York la ciudad con

¹⁴ Ésta es la tesis de O'LEARY, C. E.: *To Die For. The Paradox of American Patriotism*, Princeton, Princeton University Press, 1999, pp. 220-222.

¹⁵ SCHAFFER, R.: *America in the Great War...*, *op. cit.*, pp. 13-18.

mayor concentración de alemanes tras Berlín en 1900. En esta atmósfera de xenofobia los americano-alemanes fueron obligados a cambiar sus apellidos y a abandonar su lengua y tradiciones culturales; las ciudades prohibieron los libros alemanes en las bibliotecas; se dejó de enseñar alemán en los colegios públicos y se cambiaron los nombres de las calles que pudieran tener resonancias alemanas¹⁶.

El ejército estadounidense estaba formado por un total de cuatro millones de hombres, de los cuales el 28 por 100 componían el ejército regular y los voluntarios y el 72 por 100 restante eran soldados procedentes del reclutamiento. Unos y otros respondieron de forma distinta a la llamada a filas. 400.000 miembros de la Guardia Nacional entraron en el ejército federal de forma inmediata y otros cientos de miles corrieron a presentarse voluntarios, antes de ser llamados a filas. Entre ellos había algunos inmigrantes de primera y segunda generación y muchos estudiantes universitarios, que se sentían la elite de la nación y hacía ya algún tiempo que se estaban preparando para la guerra, esperando que este conflicto homogeneizara la nación y limara las diferencias de clase¹⁷.

La actitud de los soldados reclutados era menos entusiasta. Las juntas de reclutamiento registraron 24 millones de hombres y enviaron 750.000 a las fuerzas armadas, pero entre 2,5 y 3,5 millones de jóvenes no se registraron y 338.000 de los reclutados no se presentaron para la instrucción o desertaron después de llegar a los campamentos de instrucción. En algunos Estados, el 8 por 100 se declaró exento, miles se casaron rápidamente, otros mintieron sobre su salud o se automutilaron y unos 65.000 se declararon objetores de conciencia¹⁸.

Muchos ciudadanos negros eran más entusiastas con respecto a la guerra. Esperaban que, en recompensa al apoyo de la minoría negra al esfuerzo bélico, se relajaran las barreras raciales. Aunque había algunos líderes radicales que no confiaban en los cambios y consideraban que los negros no deberían intervenir en conflictos de blancos, la mayoría estaba de acuerdo con el poeta y líder negro James Weldon Johnson en que «los negros no se podían permitir ser tratados como elementos desleales de la nación»¹⁹. De esta forma, la National Association for The Advancement of Colored People

¹⁶ O'LEARY, C. E.: *To Die For...*, *op. cit.*, pp. 236-242.

¹⁷ *Ibid.*, pp 182-188.

¹⁸ *Ibid.*, p. 177.

¹⁹ Citado por SCHAFFER, R.: *America in the great War...*, *op. cit.*, p. 77.

(NAACP) y su órgano de expresión *The Crisis*, que desde 1908 venía luchando contra el linchamiento y los derechos políticos plenos de los afroamericanos, pidieron que mientras durara la guerra «debemos olvidar nuestras quejas especiales y cerrar filas hombro con hombro con nuestros compatriotas blancos»²⁰.

La opinión de la mayoría de la minoría negra de apoyar el esfuerzo bélico para rentabilizarlo coincidió con la necesidad que el presidente Woodrow Wilson tenía de movilizar a este sector de la población para el esfuerzo bélico. Wilson nombró a algunos ciudadanos negros de carácter conservador para puestos públicos, neutralizó a los radicales y el CPI contó con la colaboración de cien afroamericanos para estimular el patriotismo entre la minoría negra, aduciendo que, si ganaban los alemanes, los negros volverían a ser esclavos, perdiendo todo lo que habían ganado desde el Decreto de Emancipación.

Por persuasión, patriotismo u oportunidad, millones de ciudadanos negros apoyaron el esfuerzo bélico de distinta forma. Pastores negros y universidades negras animaron a enrolarse en el servicio militar y 400.000 afroamericanos sirvieron en el ejército, 200.000 fueron enviados a Francia y 42.000 entraron en combate. La minoría negra compró cientos de miles de dólares en *bonos de la libertad*, organizaron desfiles patrióticos y trabajadores negros fueron empleados en industrias de guerra. Sin embargo, ni este esfuerzo patriótico ni las expectativas de igualdad racial fueron compensadas durante el conflicto o tras la victoria.

Tanto en los campamentos de instrucción²¹ como en el campo de batalla, la discriminación y la segregación acompañaron a los afroamericanos. La aviación y los marines los excluyeron de sus armas, la marina les confinó a los puestos de servicio, como sucedió al 90 por 100 de la tropa negra enrolada en el ejército. El 10 por 100 restante que sirvió en el frente fue instruido en campamentos segregados y tuvieron un entrenamiento menos intensivo. En el frente recibieron el peor equipamiento, entrando así en combate como soldados de segunda, en batallones y compañías segregadas, que obtu-

²⁰ «Close Ranks», en *Crisis*, XVI (julio de 1918), citado por TUTTLE, W. M., Jr.: *Race Riot. Chicago in the Red Summer of 1919*, Nueva York, Atheneum, 1977, p. 216.

²¹ El incidente más grave se produjo en Houston en agosto de 1917, cuando en respuesta a la paliza propinada a una mujer negra por un policía blanco, cientos de soldados negros del 24 regimiento de caballería asaltaron el cuartel de policía de Houston y mataron a 15 blancos o «hispanicos». Tras los hechos, 64 soldados fueron juzgados y 29 fueron condenados a muerte, de los cuales 19 fueron ahorcados.

vieron escasos éxitos militares, oscureciendo el enorme esfuerzo que realizaron los soldados negros.

La discriminación se extendió también al cuerpo de oficiales. Sólo había un oficial de alto rango, al que se le retiró como inválido en cuanto se descubrió que tenía la tensión alta. Tras las protestas de la NAACP, el Departamento de Guerra estuvo de acuerdo en organizar un campo de instrucción especial para oficiales negros en Fort Des Moines, Iowa, donde se formaron 1.100 oficiales, lo que suponía el 1 por 100 de oficiales en un ejército con un 12 por 100 de soldados negros. Aun así, era difícil que los blancos les obedecieran y que recibieran las formalidades de la cortesía militar²².

A pesar de todo, la guerra en Europa comenzó a cambiar indirectamente las vidas de los ciudadanos negros del Sur, pues aceleró la emigración negra hacia las grandes ciudades del Norte, como Nueva York y especialmente Chicago, en busca de mejores salarios y un trato más igualitario. De esta forma, 330.000 afroamericanos se convirtieron por primera vez en mano de obra industrial, en sustitución de los emigrantes europeos, elevando hasta medio millón la población negra del Norte al acabar la guerra.

Con la emigración a las ciudades del Norte los afroamericanos esperaban conseguir mayores oportunidades económicas, recibir un trato igualitario y ejercer sus derechos políticos como ciudadanos. Aunque desde luego mejoraron su situación, la violencia les persiguió en su emigración al Norte. A partir de 1917, los disturbios y la violencia racial dejaron de ser un asunto exclusivo del Sur para convertirse en un fenómeno nacional, que se extendió a las ciudades del Norte y Medio Oeste —en 1919 hubo un saldo total de 120 ciudadanos blancos y negros muertos—; mientras en el Sur aumentaron los linchamientos y la violencia contra los negros, de forma que entre 1918 y 1919 fueron quemados vivos 13 ciudadanos negros.

La novedad de la violencia racial durante la guerra o inmediatamente después de ella estribaba en el hecho de que representaba un nuevo tipo de disturbio racial, en el que «el nuevo negro», surgido de la experiencia de la guerra, estaba dispuesto a defender sus derechos. Como señalara el líder de la NAACP, W. E. Du Bois, los veteranos negros «ya no eran los mismos hombres, tras haber luchado ocho meses en Francia», pues, como indicaba uno de los veteranos,

²² SCHAFFER, R.: *America in the Great War...*, *op. cit.*, pp. 81-82.

«yo he hecho mi parte y voy a luchar aquí hasta que Tío Sam haga la suya. Puedo disparar tan bien como cualquiera (...) No voy a buscar problemas, pero si alguien se cruza en mi camino, no voy a evitarlo»²³. En efecto, los soldados que venían de luchar en Francia estaban orgullosos de su raza, exigían los derechos que les garantizaba la Constitución, habían ganado en el campo de batalla y estaban dispuestos a defenderse de la agresión, utilizando si era preciso la fuerza armada. Por eso mucha de la violencia contra los negros, que antes de la guerra se habría quedado en linchamientos o «pro-groms» en los barrios negros, se transformó, por esta nueva actitud de autodefensa, en el disturbio racial moderno. Además, este «nuevo negro» contaba por primera vez con una cobertura política, gracias a la expansión de la NAACP, tanto por el Sur como por el Norte, tras la Primera Guerra Mundial²⁴.

A pesar de estas ganancias y avances indirectos tras la guerra, la mayoría de la minoría negra pensó que había luchado en vano, sintiéndose tan desilusionada con Estados Unidos que en los años veinte 6 millones de afroamericanos siguieron masivamente a Marcus Garvey en su idea de crear una república negra en África.

Muchos otros sectores, que esperaban mejoras de la guerra, se sintieron también desmoralizados tras ésta. El final de la guerra fue seguido del movimiento huelguístico de 1919 —el mayor que hasta entonces había tenido Estados Unidos—, que coincidió con los temores a la extensión de la Revolución rusa en Europa y América, lo que desató la esperanza de los radicales y la histeria anticomunista ante «la amenaza roja», confundiendo cualquier conflicto sindical con comunismo y convirtiendo el americanismo antialemán de la Primera Guerra Mundial en antibolchevismo. Distintos sectores económicos promovieron una amplia campaña nacional contra «la mano codiciosa del bolchevismo» y grupos cuasi-gubernamentales, como The National Security League o The American Protective League, que habían perseguido a los simpatizantes alemanes durante la guerra, ahora dirigían su atención hacia los bolcheviques; mientras que el

²³ CHICAGO COMMISSION ON RACE RELATIONS: *The Negro in Chicago*, Chicago, University of Chicago Press, 1922, p. 481. Citado por TUTTLE, W. M., Jr.: *Race Riot...*, *op. cit.*, p. 209.

²⁴ Todos estos aspectos sobre el disturbio racial moderno y la transformación de la conciencia de la minoría negra tras la guerra en TUTTLE, W. M., Jr.: *Race Riot...*, *op. cit.*, pp. 33-66 y 208-222.

eslogan «americanismo cien por cien» se convirtió en el emblema de los cruzados contra la amenaza roja.

The American Civil Liberties Union (ACLU) intentó sin mucho éxito protestar contra las violaciones de la primera enmienda, sin encontrar ningún apoyo en el presidente Wilson ni en el fiscal general A. Mitchell Palmer, que pasó del pacifismo a la más agresiva beligerancia durante la guerra y a la persecución de radicales en la posguerra. Palmer, actuando por su cuenta, estableció una división antirradical especial en la Fiscalía General, que en 1920 cambió su nombre por el de General Intelligence Division, y nombró jefe de esta oficina a J. Edgar Hoover, que pronto comenzó a amasar archivos de radicales sospechosos, una tarea que continuó durante los siguientes cincuenta años.

Los inmigrantes fueron el primer objetivo de Hoover y Palmer. Bajo la Ley especial de 1903 sobre extranjeros, los inmigrantes podían ser deportados sin necesidad de juicio con jurado. En febrero de 1919, 36 *wobblies* —expresión coloquial y a veces despectiva con la que se hacía referencia a los miembros del sindicato Internacional Workers of the World— fueron deportados y en noviembre de 1919 el Departamento de Justicia asaltó la sede del Sindicato de Trabajadores Rusos y deportó a 249 sospechosos de radicalismo, incluidos los anarquistas Emma Goldman y Alexander Berkman. El clímax tuvo lugar el 2 y 3 de enero de 1920, cuando el Departamento de Justicia, con la ayuda de la policía local e informadores infiltrados, asaltó simultáneamente casas, clubes y lugares de reunión en más de treinta ciudades y detuvo a unos 3.000 radicales sospechosos, la mayoría de los cuales eran ucranianos, judíos, lituanos, rusos y polacos.

La reacción desmedida ante la «amenaza roja» y el conservadurismo patriótico que permaneció durante los años veinte eran sobre todo una reacción para proteger los imperativos morales de los blancos, anglosajones y protestantes²⁵ frente a la amenaza extranjera. El programa de «americanismo cien por cien», que reforzaba el *Plan*

²⁵ John Laslett señala que este sentimiento antiextranjero estaba alimentado por el hecho de que en ningún país beligerante había tal cantidad de «supuestos enemigos» viviendo en su territorio, ya que en ningún país de Europa occidental había tal número de inmigrantes rusos y de Europa oriental que se suponía apoyaban las ideas revolucionarias. Véase LASLETT, J.: *Reluctant Proletarians*, Los Angeles, 1984 (ejemplar inédito consultado por gentileza del autor, p. 112). La opinión de la reacción conservadora como básicamente antiextranjera y proamericana es compartida por

Americano —la ausencia de representación sindical en las empresas—, la propiedad privada y rechazaba la cultura cosmopolita de las ciudades, fue puesto en acción por distintos grupos de intereses, entre los que destacaban las sociedades patrióticas y las asociaciones empresariales.

Entre las asociaciones patrióticas sobresalían las Hijas de la Revolución Americana y sobre todo los grupos de veteranos, que habían luchado o servido en la guerra e idealizaban una imagen de la República en la que no cabían influencias extranjeras. Así, los veteranos de la Legión Americana se constituían en «guardianes de la virtud cívica». Propiciaban la realización de cursos de inglés y cursos cívicos para inmigrantes, incentivaban los rituales patrióticos en las escuelas, distribuían literatura patriótica, organizaban concursos de ensayos y financiaban equipos de béisbol juveniles.

Como las organizaciones empresariales señalaban, al defender el *taller abierto* o *Plan Americano*, el sindicalismo no era patriótico, ni americano. Como tampoco parecían americanos los inmigrantes recientes o los no blancos, pues el americanismo de los años veinte estaba impregnado por un potente racismo, apoyado por los trabajadores nativos americanos, que estaban a favor de la restricción de la inmigración. Así, el Ku Klux Klan entre 1920 y 1926 llegó a tener dos millones de miembros, extendiendo su influencia política a todo el país, con un mensaje que ya no era simplemente antinegro, sino anticatólico, antijudío, antiextranjero y profundamente antirradical. El racismo del Klan estaba además decisivamente influenciado por el fundamentalismo protestante, que presentaba el triunfo económico como una recompensa de la virtud y luchaba contra las ideas modernistas y extranjerizantes, promoviendo el mantenimiento de los valores tradicionales de la América protestante, blanca y anglosajona²⁶.

Y, por supuesto, la contención del comunismo y radicalismo se sustentaba en su extranjerismo, como demostró la detención y posterior ejecución de los anarquistas italianos Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti el 23 de agosto de 1927 en el estado de Massachussets, en medio de enormes protestas nacionales e internacionales por las

HEALE, M. J.: *American Anticomunism. Combating the enemy within, 1830-1970*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1990, p. 80.

²⁶ MACLEAN, N.: *Behind the Mask of Chivalry. The Making of The Second Ku Klux Klan*, Nueva York, Oxford University Press, 1994, pp. 125-148.

irregularidades con que se celebró el juicio. Muchos creían que eran inocentes. Fueron sentenciados a muerte no por ser culpables de asesinato, sino por ser italianos y anarquistas. Otros muchos creían que, culpables o inocentes, no habían tenido un juicio justo. Hoy en día aún no se ha probado la acusación contra ellos, ni se puede establecer con seguridad su inocencia²⁷.

Los prejuicios contra los italianos y otros grupos migratorios del sur y este de Europa tenían mucho que ver con los enormes cambios que la población estadounidense había sufrido desde 1880. En 1920, Estados Unidos tenía una población de 106 millones de habitantes, entre los que había 36 millones de europeos que eran inmigrantes de primera y segunda generación, así como más de 185.000 asiáticos. Muchos de estos inmigrantes europeos provenían del norte y oeste de Europa, pero como los procedentes del sur se hacían en las grandes ciudades, parecía que éstos eran mayoritarios y estaban cambiando el sustrato étnico de la nación. La percepción que tenían muchos americanos al comienzo de la década de los veinte era de encontrarse «acorralados» por razas inferiores, como los mediterráneos y sobre todo los «sucios judíos», que les amenazaban con su radicalismo y criminalidad, al tiempo que se resistían a la asimilación, haciendo fracasar los programas de americanización. La sensación era que Estados Unidos era ya «incapaz de absorber tal cantidad de inmigrantes», y como señalara el líder del Congreso Albert Johnson en diciembre de 1920, «el bienestar de Estados Unidos exige que se cierre la puerta a la inmigración por un tiempo, pues están entrando en tal cantidad que no podemos cuidar de ellos adecuadamente»²⁸.

En esta ocasión los temores nativistas tomaron por primera vez formas de leyes que restringían la inmigración. Había, en realidad, otras fuentes de mano de obra, como la inmigración interna o la proveniente de Canadá y México, que permitieron que el presidente Warren G. Harding firmara en mayo de 1921 la *Emergency Quota Act* y en mayo de 1924 la *Johnson-Reed Act*. Esta última Ley otorgaba a cada nacionalidad una cuota de emigración del 2 por 100 del número de residentes censados de cada grupo nacional, según el censo de 1890. Esto significaba que más del 85 por 100 del total

²⁷ Ésta es la opinión de AVRICH, P.: *Sacco and Vanzetti, the Anarchist Background*, Princeton, Princeton University Press, 1991, pp. 3-6.

²⁸ Citado por BARKAN, E. R.: *And Still They Come. Immigrants and American Society 1920s to the 1990s*, Wheeling, Harlan Davidson Inc., 1996, p. 11.

de las cuotas migratorias se asignaban a inmigrantes del norte, centro y oeste de Europa, particularmente Gran Bretaña (43 por 100), Alemania (17 por 100) e Irlanda (12 por 100). La Ley perjudicaba a italianos, cuyo promedio de inmigración era de 158.000 inmigrantes al año y se les dio una cuota anual de 5.802, así como a los griegos, que emigraban unos 17.600 al año y se les dio una cuota anual de 307²⁹.

Esta legislación restringía el acceso de europeos no nórdicos a Estados Unidos y excluía totalmente a los asiáticos, a los que el Congreso consideraba «extranjeros inadecuados para la ciudadanía». Tenía como objetivo «preservar la composición tradicional noreuropea del pueblo americano», así como dejar bien claro que la ciudadanía no estaba disponible para todas las razas. Por primera vez, Estados Unidos cambió su tradicional política inmigratoria de puertas abiertas y expresó oficialmente que unos grupos nacionales eran más deseables que otros, manifestando los temores de una sociedad sometida a medio siglo de enormes transformaciones económicas, sociales, tecnológicas y culturales.

Paradójicamente el americanismo y la restricción de la inmigración tuvieron como consecuencias inesperadas la asimilación más rápida de las minorías y el acceso a la ciudadanía de los inmigrantes que ya estaban en Estados Unidos. Las Leyes de 1921 y 1924 acabaron con el factor reemigratorio y los inmigrantes tuvieron que decidir si establecerse en Estados Unidos o regresar definitivamente a su país³⁰. Los que decidieron quedarse emprendieron un proceso de asimilación y ascensión social, favorecido por la relativa prosperidad económica de los años veinte, el acceso a la educación secundaria y una sociedad cada vez más orientada hacia el consumo y la cultura de masas, en la que la radio, el deporte y el cine eran importantes factores de asimilación. No es casualidad que el periodo de entreguerras fuera la gran época de los deportistas judíos y que tanto el boxeo como el fútbol americano o el béisbol estuvieran llenos

²⁹ *Ibid.*, pp. 11-14.

³⁰ Entre 1899 y 1923, un tercio de todos los inmigrantes europeos volvía a sus países de origen y era relativamente común la emigración estacional. Para la importancia del factor reemigratorio y sus cambios, véase HOERDER, D.: *Immigration and the Working Class: The Remigration factor, International Labor and Working Class History*, 21 (primavera 1982), pp. 28-41.

de irlandeses, judíos, lituanos, polacos, como también eran extranjeros muchos de los actores y empresarios del primer Hollywood³¹.

En la esfera política, todos los inmigrantes eran ya ciudadanos en 1930, permitiendo a las minorías étnicas multiplicar su peso político, reflejado en los políticos de origen extranjero que alcanzaron cargos públicos ya en el periodo de entreguerras, como el alcalde de Nueva York Fiorello La Guardia (de origen italo-judío), el de Chicago Anton Cermak (de origen checo), las líderes sindicales Luisa Moreno (Guatemala) y Rosa Pesota (Italia), el gobernador de Massachusetts James Michael Curley (irlandés), el congresista por Minnesota Andrew Volstead (noruego) y los senadores por Rhode Island Felix Hebert (franco-canadiense) y por Nuevo México Dennis Chavez (hispano). Y como ya vimos, el peso político de estas minorías étnicas permitió el cambio electoral, que se inició en 1928 y culminó en la gran victoria electoral de Roosevelt en 1936.

Durante los años treinta, la «guerra» contra la depresión económica que emprendió el *New Deal* y las decisiones del Tribunal Supremo en materia de avance de los derechos civiles³² permitieron consolidar la coalición electoral de trabajadores inmigrantes de primera y segunda generación y afroamericanos, que sostuvo electoralmente a F. D. Roosevelt y al *New Deal* durante la depresión y la Segunda Guerra Mundial. A pesar de sus limitaciones, el *New Deal* no sólo inauguró un capitalismo que recurrió a la intervención gubernamental, para garantizar el bienestar de sus ciudadanos, sino que entendía que la esencia de la identidad y ciudadanía americanas era la diversidad, considerando por primera vez como genuinamente americanos tanto a sindicalistas y radicales como a las minorías étnicas europeas y a los afroamericanos³³.

³¹ Entre los muchos extranjeros que se dedicaban al mundo del espectáculo estaban los actores Al Jonson, Danny Kaye, Fanny Bryce, Jack Benny, Bob Hope, Irving Berlin, Mary Pickford y unos años después Rita Hayworth, Doris Day y Tony Curtis.

³² El Tribunal Supremo tomó dos decisiones, en 1930 y 1931, que supusieron el comienzo de lo que se ha llamado «la Segunda Declaración de Derechos», que se completaría totalmente en la década de 1960. Estas decisiones extendían dos derechos fundamentales de la Declaración de Derechos de 1791, la libertad de palabra y prensa, también a los estados, ya que en la declaración original no se decía nada de la extensión de los derechos fundamentales al ámbito de los estados, con lo que el déficit de libertad fue muy elevado hasta la década de 1960.

³³ FONER, E.: *The Story of American Freedom*, Londres, Picador, 1998, pp. 210-218.

Integración en la América diversa durante la Segunda Guerra Mundial

La participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, a partir del ataque a Pearl Harbor en diciembre de 1941, en dos teatros de operaciones simultáneos —Europa y el Pacífico— exigió la movilización de todos sus recursos económicos y humanos, sacando al país de la depresión económica, favoreciendo la integración de los inmigrantes recientes y la confirmación de la «América diversa», que había iniciado el *New Deal* en 1932.

Mediante el reclutamiento obligatorio de los hombres entre dieciocho y cuarenta y cinco años y los voluntarios, más de 15 millones de hombres y mujeres sirvieron en las fuerzas armadas durante la guerra. Otros 15 millones de personas protagonizaron la mayor migración interna de la historia de Estados Unidos, atraídos por los trabajos que ofrecían las industrias de guerra. Seis millones procedían de las zonas rurales y muchos de éstos eran ciudadanos negros de los estados del Sur que se trasladaron a Detroit y Chicago —lugares de recepción de la emigración negra desde la Primera Guerra Mundial—, pero 250.000 se dirigieron por primera vez a la costa Oeste, siguiendo a las nuevas industrias de guerra. También muchas mujeres y adolescentes encontraron en estas industrias de la costa del Pacífico sus primeros trabajos³⁴.

El comienzo de la guerra en Europa continuó a partir de 1940 la tendencia a aumentar el control y la restricción de la inmigración, así como a hacer más restrictiva la naturalización y más fáciles las deportaciones de cualquier extranjero «en interés de Estados Unidos». Pero fue también el periodo de mayores índices de asimilación y naturalización de los extranjeros que ya residían en Estados Unidos, incluidos los extranjeros pertenecientes a países enemigos, como Alemania e Italia, que a partir de octubre de 1942 fueron comprendidos en el movimiento de «asimilación patriótica» producido durante la guerra³⁵.

A diferencia del proceso de asimilación coercitivo acaecido en la Primera Guerra Mundial, la asimilación durante la Segunda Guerra

³⁴ En estas zonas, muy poco acostumbradas a la emigración negra, el prejuicio y la hostilidad racial fueron intensos. Véase BLUM, J. M.: *Politics and American Culture During World War II*, Nueva York, Harvest, 1977, pp. 199-207.

³⁵ BARKAN, E. R.: *And Still They Come...*, *op. cit.*, pp. 58-59.

Mundial no trataba de imponer el patrón anglosajón, sino de celebrar la diversidad étnica de Estados Unidos, pues los prejuicios raciales no solamente iban en detrimento del esfuerzo bélico, sino que también se veían como antitéticos a las tradiciones americanas³⁶. Durante los cinco años de guerra se naturalizaron 112.000 soldados y 1.539.000 civiles y la participación en el esfuerzo bélico integró definitivamente a las minorías étnicas europeas en la política y la cultura americana³⁷. Como había pasado en años anteriores, el papel de la cultura de masas en esta asimilación y en la exaltación de la diversidad americana fue fundamental.

Pero si la asimilación funcionó con las minorías blancas de origen europeo, no sucedió lo mismo con las minorías no blancas, aunque se dieron algunos avances. Sin duda, el peor tratamiento lo recibieron los japoneses, considerados todos ellos, aunque fueran ciudadanos norteamericanos, como enemigos extranjeros. Durante la primavera y el verano de 1942, 120.000 japoneses, que habitaban mayoritariamente en la costa Oeste, fueron despojados de sus bienes y trasladados a campos de internamiento en las desérticas regiones de Arkansas, Colorado, Utah y Arizona. Apenas hubo protesta alguna —únicamente el senador Robert Taft habló de la mayor violación de derechos civiles desde la esclavitud— sobre lo que era una flagrante violación de los derechos constitucionales³⁸. El Tribunal Supremo

³⁶ FONER, E.: *The Story of American Freedom*, Londres, Picador, 1999, pp. 236-239.

³⁷ La novela de ROTH, Ph.: *Pastoral Americana*, Madrid, Alfaguara, 2000, ilustra la nueva condición de los judío-americanos tras regresar de la guerra. Por su parte, Studs Terkel recoge los testimonios orales de varios veteranos representantes de las distintas minorías étnicas que, como en el caso de los italianos, no solamente comenzaron a hablar inglés regularmente tras su experiencia bélica, sino que tras ella pudieron aspirar a pasar de la clase obrera a la clase media. Véase TERKEL, S.: «Neighborhoods Boys», en TERKEL, S.: *The Good War, An Oral History of World War Two*, Londres, Penguin Books, 1986, pp. 135-165.

³⁸ El fiscal general de California, Earl Warren, argumentaba que por motivos raciales no se podía confiar en los «nisei», mientras que los americanos de origen italiano o alemán eran al fin y al cabo de la raza caucásica. También el general que supervisó el internamiento de los japoneses, General John J. DeWitt, justificó la perpetua extranjería de los asiáticos en los siguientes términos: «En la guerra en que estamos envueltos, las afinidades raciales no se han eliminado por la emigración. La raza japonesa es una raza enemiga y aunque la segunda y tercera generación de japoneses nacidos en Estados Unidos son ciudadanos y se han americanizado, la raza no se ha diluido». Citado por UEDA, R.: «The Changing Path To Citizenship: Ethnicity and Naturalization during World War II», en ERENBERG, L. A., y HIRSH, S. E.

nunca contempló la inconstitucionalidad de la medida y grupos comprometidos públicamente en la lucha contra la discriminación, como el Partido Comunista, la NAACP y el Comité de Judíos Americano, defendieron el internamiento o mantuvieron silencio³⁹.

Otras minorías asiáticas, como los chinos, se vieron favorecidas a pesar de los prejuicios raciales por su condición de aliados de Estados Unidos. En diciembre de 1943, el Congreso aprobó rescindir su exclusión de la naturalización, en virtud de la Ley que estaba en vigor desde 1882, «por su contribución a la causa de la decencia y la libertad». A partir de entonces se permitió a China una cuota anual de 105 personas y en los años siguientes les siguieron otros pueblos asiáticos —como los indonesios y los filipinos—, que también estaban luchando contra los japoneses⁴⁰.

En cuanto a los mexicano-americanos, el prejuicio racial y la discriminación siguieron siendo muy intensos, pero conforme la guerra avanzaba, la situación mejoró para integrarlos en el esfuerzo bélico. En 1930 habían sido reclasificados por la oficina del censo de blancos a no blancos⁴¹ y en 1941 no había ningún mexicano empleado en las industrias de guerra. En 1944, sin embargo, ya había 17.000 trabajadores mexicanos en los astilleros y muchos más en la industria aeronáutica, mientras que gracias al llamado *Bracero Program* miles de trabajadores contratados podían pasar a Estados Unidos, para suplir la falta de brazos en la agricultura durante la guerra⁴².

Por lo que respecta a las minorías americanas no blancas, los nativos americanos vivieron la experiencia de servir en las fuerzas armadas y trabajar en las industrias de guerra como una aceleración de su proceso de detribalización, alienación y desarraigo. La minoría

(eds.): *The War in American Culture*, Chicago, The University of Chicago Press, 1996, pp. 207-208.

³⁹ FONER, E.: *The Story of American Freedom*, Londres, Picador, 1999, p. 241.

⁴⁰ UEDA, R.: «The Changing Path to Citizenship...», *op. cit.*, pp. 208-213.

⁴¹ FONER, E.: *The Story of American Freedom...*, *op. cit.*, p. 240.

⁴² En la famosa novela de MAILER, N.: *The Naked and The Dead*, entre los miembros de su batallón protagonista estaba el sargento Julio Martínez, ascendido a suboficial por su comportamiento heroico, que, como representante de los mexicano-americanos de Texas, en palabras del autor, «no podían llegar a ser aviadores o financieros u oficiales, pero podían ser héroes (...) Aunque eso no los hacía blancos protestantes, seguros y distantes». MAILER, N.: *The Naked and The Dead*, Thetford, Andre Deutch, 1977, p. 57 (hay traducción castellana: *Los desnudos y los muertos*, Anagrama, Barcelona, 1997).

negra, a pesar de su mayor discriminación inicial, pudo por su organización, cohesión y número aprovechar la coyuntura bélica como ninguna otra minoría.

La participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, tal y como quedó expresada en la Carta del Atlántico, al tener como objetivo extender los principios de la libertad y la democracia a todos los pueblos y luchar contra la tiranía y el racismo, parecía la oportunidad ideal para que la minoría negra reivindicara su ciudadanía plena y la participación sin discriminación en el esfuerzo bélico. Para conseguir este objetivo contaba en 1940 con más de 150 periódicos negros; líderes sindicales negros, como A. Philip Randolph, presidente de la Hermandad de mozos de coches-cama; movimientos de base organizados durante los años de la depresión, como el Movimiento para empleos negros y el Movimiento para boicot de comercios. También desde los años treinta había aumentado su influencia política, como electores decisivos del Partido Demócrata, y disponía de un número de consejeros presidenciales sin precedentes.

Es cierto también que partían de la situación más adversa en 1940, pues al comenzar la movilización estaban discriminados tanto en el ejército como en las industrias de guerra. Pero su lucha cívica y política, y sobre todo la necesidad de Estados Unidos en 1942 de utilizar todos los recursos humanos disponibles para ganar la guerra, les hicieron avanzar en la lucha contra la discriminación.

Se consiguió muy poco en la lucha contra la segregación en el ejército, aunque se preparó el camino de la integración tras la guerra. La declaración que el presidente hizo a la prensa el 9 de octubre de 1940 sería la postura oficial de la Casa Blanca y del ejército durante toda la guerra: se aumentarían las oportunidades de la minoría negra, pero sólo en unidades negras⁴³. Incluso segregados, los soldados negros disfrutaban de ventajas con respecto a su situación anterior. Estaban bien alimentados, tenían un salario regular, accedieron a cierta educación, gozaban de cierto prestigio y autoridad gracias al uniforme. Pero las fuerzas armadas en general se perjudicaban con esta política, pues no podían utilizar todo el potencial

⁴³ Tras las protestas posteriores se hicieron algunas concesiones, como nombrar el primer general afroamericano de la historia de Estados Unidos en la persona del coronel Benjamin O. Davis, designar al representante legal de la NAACP, William H. Hastie, ayudante civil del secretario de Guerra y prometer la formación de unidades de aviación negras.

humano del país e inevitablemente la segregación afectaba en la relativa baja moral de los soldados afroamericanos y aumentaba los conflictos raciales entre soldados blancos y negros.

Apelando precisamente a la baja moral y eficacia de los soldados negros, los mandos militares rehusaron hasta 1943, a pesar de las necesidades, enviar soldados afroamericanos a ultramar y sólo ante la tremenda escasez de infantería que el ejército norteamericano llegó a tener en diciembre de 1944, en la batalla de Bulga, en medio de la desesperada ofensiva alemana de las Ardenas, el general Dwight D. Eisenhower aceptó que voluntarios negros lucharan con soldados blancos, aunque siempre en batallones negros de cuarenta hombres, dentro de compañías blancas de doscientos soldados. En total, hasta el final de la guerra, 37 batallones fueron asignados a unidades blancas. No se volvería a repetir este despilfarro de recursos humanos en el ejército. En los años cincuenta, en plena guerra fría, se completó la integración total en las fuerzas armadas.

Mayor éxito tuvo la lucha contra la discriminación racial en las industrias de defensa. En 1940 y 1941, la discriminación racial y la cualificación exigida excluyeron prácticamente a los afroamericanos de los beneficios del empleo y la mejora de salarios, de los que ya disfrutaban los trabajadores blancos: solamente un 0,65 por 100 de trabajadores negros estaba excluido del servicio militar por trabajar en industrias de guerra, y en la industria aeronáutica únicamente había empleados 240 trabajadores negros.

A. Philip Randolph amenazó con realizar una marcha sobre Washington el 1 de julio de 1941 si el presidente no ponía fin a la discriminación en las industrias de defensa y las fuerzas armadas. Cuando Roosevelt supo que 100.000 personas estaban dispuestas a marchar sobre Washington, aprobó el decreto del 25 de junio de 1941, que acababa con la discriminación en las industrias de defensa, aunque no en el ejército, y constituyó el Comité de prácticas de empleo justas —Fair Employment Practices Commission (FEPC)—, la primera agencia federal desde la Reconstrucción, que luchaba por la igualdad de oportunidades de los negros. A esta orden se sumó la decisión de la Junta de Trabajo de Guerra de prohibir la discriminación racial en los salarios. La escasez de mano de obra a partir de 1942 hizo el resto, provocando un cambio espectacular en el ámbito laboral.

Entre 1942 y 1944, un millón más de afroamericanos, de los que 600.000 eran mujeres, entraron en el mercado de trabajo. La

mayoría encontró empleo en las industrias de defensa de California o la región de Detroit, así como en la administración federal, y vio cómo sus ingresos crecieron el doble durante la guerra, aunque fueron la mitad del promedio de los ingresos de las familias blancas. Es cierto que todos estos avances se consiguieron en una situación excepcional de expansión económica y con una gran proporción de mano de obra blanca ocupada en las fuerzas armadas, pero una vez probada cierta estabilidad y prosperidad era difícil volver atrás⁴⁴.

Sin duda, los mayores avances durante la guerra se produjeron en el ámbito de la lucha de la minoría negra por sus derechos civiles. La organización de la posible marcha sobre Washington en julio de 1941 supuso el nacimiento de una nueva forma de lucha de la minoría negra, basada en la acción directa y la formación de asociaciones exclusivamente negras, pues A. Philip Randolph transformó su amenaza de marcha sobre Washington en un poderoso movimiento, March on Washington Movement (MOWM). Hubo otras formas de acción directa, como las sentadas de estudiantes en lugares segregados del Norte urbano, y James Farmer organizó la primera asociación que pregonaba la resistencia pasiva y la no violencia —Congress of Racial Equality (CORE)—, que organizó su primera sentada en mayo de 1942, en el restaurante Jack Spratt de Chicago. También hubo avances en el Sur, como el aumento del número de afiliados a la NAACP, organización que entre 1940 y 1945 pasó de 50.000 a 450.000 miembros, un tercio de los cuales vivía en el Sur⁴⁵. Igualmente fue importante el comienzo de la coalición entre la minoría negra (NAACP) y judía (Congreso de Judíos Americanos), así como la integración racial en la CIO durante la guerra, haciendo que los sindicatos fueran por primera vez organizaciones relevantes dentro de las comunidades negras⁴⁶.

Conclusión

Con estos avances se entiende el balance que hacía Gunnar Myrdal en su famoso libro *An American Dilemma*, en el sentido de que

⁴⁴ WYNN, N. A.: *The Afro-American and the Second World War*, Londres, Paul Elek, 1976, pp. 56-59.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 75-81.

⁴⁶ FONER, E.: *The Story of American Freedom...*, *op. cit.*, pp. 244-245.

se habían hecho más progresos en cinco años que en el periodo comprendido entre la Guerra Civil y 1944⁴⁷. En efecto, sin el impulso igualador que supuso la participación en la guerra, incluso en un ejército segregado, la emigración masiva a las zonas industriales, el disfrute de mayor seguridad y mejores salarios serían difíciles de entender los avances de las décadas siguientes.

La necesidad de utilizar todo el potencial humano en el esfuerzo bélico extendió la prosperidad a nuevas zonas del país y a las minorías. La lucha en el frente confirmó la idea de la «América diversa», y tanto los soldados pertenecientes a las minorías étnicas europeas como los no blancos disfrutaron de los enormes beneficios de la *G. I. Bill of Rights* tras la guerra —que destinó en 1944 trece millones de dólares para pagar la educación superior, el tratamiento médico, el desempleo, los préstamos para adquirir viviendas o abrir negocios de todos los veteranos, catapultándolos a la clase media—⁴⁸.

Tras 1945, algunos logros conseguidos en la guerra parecían frágiles o amenazados. La discriminación contra la minoría negra siguió siendo muy intensa y la violencia racial continuó tanto en el Norte como en el Sur; muchas mujeres volvieron al hogar cuando acabó la guerra y se mantuvo la idea de familia tradicional, pues los objetivos idealistas de la guerra se quedaron en volver a disfrutar del *American Way of Life*, representado por la confortabilidad del *American Home*. Tampoco los enormes beneficios de la guerra se transformaron en la redistribución social que muchos «*new dealers*», sindicalistas y socialistas liberales hubieran querido para la posguerra⁴⁹. Pero no hubo vuelta atrás en la conversión de las identidades étnicas europeas y americanas en agentes políticos plenos de una «América diversa».

⁴⁷ MYRDAL, G.: *American Dilemma*, Nueva York, 1944, pp. 3-5.

⁴⁸ Jack Short, como otros miembros de la clase obrera americana, señalaba que para ellos la «G.I. Bill fue un regalo, nos pagaba el 99 por 100 de los gastos de la universidad y nos daba dinero para vivir cada mes», cfr. TERKEL, S.: *The Good War...*, *op. cit.*, p. 145.

⁴⁹ Desde las elecciones de mitad de mandato de 1942 la mayoría conservadora del Congreso, compuesta por republicanos y demócratas sudistas, obstruyó la reforma fiscal presentada por el secretario del Tesoro Henry Morgenthau en 1942, que hubiera permitido la redistribución social tras la guerra y la extensión de la seguridad social, con inclusión del seguro médico. Este último aspecto también contó con la oposición de la poderosa *American Medical Association*, que desde 1933 obstaculizaba la expansión de la seguridad social.